

nos; señala con vivos toques los gloriosos hechos de Roncesvalles y de las Navas de Tolosa, y pinta la caballeresca época de las cruzadas bajo los reyes de la casa de Champagne y de Brie.

• Las nieblas se espesan, mas luégo se aclaran, y veo pasar una hueste de infantes y jinetes vestidos de hierro, armados de lanzones y tizonas, de hachas y ballestas: todos llevan la sobrevesta blanca con una cruz roja: á su frente marcha con su espada de dos manos un príncipe poeta, un rey trovador: es Thibault de Champagne, son los navarros, que al grito de *Dieu le veult* se fueron á Tierra Santa; son los que en los desfiladeros del monte Tauro derrotaron al Soldán de Iconio; los que penetraron en Antioquía; los que sitiaron á Ascalón; los que lucharon en Gaza...

• Y les sigue otra hueste de cruzados: los que con Teobaldo II acompañaron al rey San Luís en la jornada de Túnez; los que sufrieron la peste sobre las ruinas de Cartago; los que pelearon y vencieron en Estaing.

• Más cruzados aún: son los navarros que con su rey Felipe d'Evreux fueron al cerco de Algeciras. También pasan en oscuro turbión los que con Carlos el Malo combatieron en Normandía: los Uriz y los Ayanz, los Garros y Azconas... los que mandaba el Captal de Buch en Cocherel... los bandos de Agramont y de Beaumont... Y vienen por fin los defensores de la autonomía de Navarra, los que gloriosamente sucumbieron resistiendo la usurpación de Fernando el Católico: ahí van los cinco mil valientes que en el día de San Andrés del año 1521 murieron en los campos de Barbatáin defendiendo la dinastía de Labrit. Entre ellos veo á su jefe Andrés de Foix, al señor de Asparrot, á Carlos de Mauléon, á Juan de Sarasa, á Ezpeleta, la flor de la caballería navarra...

• Y siguen cruzando veloces las sombras de los guerreros euskaldunas. Como en la balada de Lenora, *los muertos van de prisa...* Distínguense entre ellos algunas figuras colosales, pero

aisladas: son los hijos de estas montañas que llevaron al combate soldados de otras tierras. Ese que lleva por armas un cuerno y un dardo clavado en la sien, es Corbarán de Lehet, el senescal de los almogávares en Oriente. Ese otro es el conde Pedro Navarro, el conquistador de Orán y de Trípoli, de Monte-Casino y Gaeta. Allí va Gastón de Foix, el Marte navarro, el vencedor en Ravena.

• Y pasan también los vascongados que en són de guerra corrieron los mares, desde los primeros que persiguiendo á los monstruos marinos penetraron hasta las regiones glaciales del polo... Esa es la gran figura de Sebastián del Cano, el primer mortal que dió la vuelta al mundo; ahí está Legazpi, el conquistador del Archipiélago Filipino; ahí los atrevidos corsarios vascos, terror del inglés y del turco... ahí los grandes marinos Churruca, Oquendo y los héroes de Trafalgar...

• Oscura es la niebla: sombríos van los batallones y escuadrones que ahora desfilan en ella: casi todos llevan boinas rojas; otros blancas; otros llevan morriones. ¡Ah! éstos son los héroes desgraciados que durante siete años acreditaron su indomable energía, su incansable denuedo, su sin par fiereza, en una guerra donde no hay laureles, porque fué guerra entre hermanos. Son las valerosas divisiones del ejército carlista: los denodados nacionales del Baztán, del Roncal, de Bilbao... Ahí van, abrazados en la muerte, esos vascos y navarros que, ofuscados por el genio fatal de la discordia, derramaron recíprocamente su sangre generosa... Valdespina y Jáuregui, Sagastibelza y Pedro Elfo, Iriarte y Alzáa, Oráa y Zumalacárregui...

• Y pasan por último los vascos y navarros que en nuestros días han peleado por el honor y la integridad de España en África, en Asia y en América, hasta los que hoy encuentran en la reina de las Antillas la muerte de los héroes...

• Las últimas sombras pasaron... Acaso desfilan ahora por

las cumbres del Aralar ante el Arcángel guerrero que vela desde allí sobre Navarra, antes de volver al Valhalla de los guerreros cristianos.

»Y mientras tanto la niebla se disipa sobre la inmensa planicie del mar: reaparecen los contornos de los bosques, de las cumbres, de las rocas y de los picos, á la luz plateada de la luna nueva que ríela sobre la vecina concha de Ondarraitz. Cástor y Pólux, Aldebarán, Procyon, innumerables astros esmaltan con sus destellos diamantinos el negro firmamento. La calma, el silencio absoluto, han vuelto á reinar en estas cimas inaccesibles. Es una noche de aquellas en que, mientras Grecia y Roma eran idólatras aún, nuestros antepasados los Iberos adoraban al Dios único, al Dios *sin nombre*.»

Hemos hechos estas citas, y con la necesaria extensión, porque así el Rvdo. Webster, á pesar de su amor al país vasco, como M. Vinson, que tiene una desventajosa idea del alcance del estro éuskaro, parece que niegan la aptitud de los habitantes de aquella tierra para alzar el vuelo á las regiones adonde lo levantaron Burns y Béranger con sus canciones, Gascon, Jasmin y los trovadores provenzales y catalanes con sus serventesios bélicos, políticos y amorosos; el biarrote Justin Larreat con su poesía *Le Demiselle*; y, entre los antiguos, el bearnés Despourrins, superior en opinión del crítico inglés á los Dechepare y los Oihenart. Queremos patentizar lo caprichoso de semejante juicio, que lleva en sí la afirmación tácita de una verdadera inferioridad de raza. Si esta fuera cierta, la mediocridad del genio en las dotes de concepción, forma y estilo, lo mismo aparecería escribiendo en la lengua de Cervantes que vaciando los pensamientos en idioma éuskaro; de consiguiente, nos basta haber demostrado que puede un escritor navarro, expresándose en castellano, subir adonde han subido nuestros buenos poetas ó prosadores, para que caiga por tierra la tesis de los que pretenden fundar la pasada decadencia del numen vasco en causas congéni-

tas y puramente etnológicas.—No: los talentos éuskaros son susceptibles de tanta elevación y grandeza como otros cualesquiera, y cualquiera que sea el instrumento que manejen, pues es perfectamente lógico suponer que si bellos resultan sus conceptos y bella es la forma de que los revisten cuando usan el habla de Castilla, no serán sus obras de menos prez cuando las amoldan al idioma antiguo de sus mayores. La mayor parte de los ilustres literatos que hemos mencionado, escriben con la misma facilidad el vascuence que el castellano; creemos á algunos de ellos muy capaces de arrancar de la trompa épica de su paisano Ercilla, si la ocasión se presenta, acentos que rivalicen con los de aquel insigne poeta; y los anales de la moderna literatura de la Vasconia española nos atestiguan la fecundidad de ese feliz renacimiento promovido por la *Asociación éuskara navarra* en nuestros días.

¿Pretenderemos por esto que los vascos de Navarra hayan tenido *siempre* notables poetas? ¿Cómo hemos de afirmarlo ante la absoluta carencia de monumentos literarios que lo comprueben? Ni lo suponemos, ni lo negamos. La leyendas, de que hemos tratado, son sí destellos vagos, indicios inciertos, de una poesía popular de orígenes aún indeterminados: retazos unas veces de extranjeras importaciones, verificadas con intermitencias y en períodos aún desconocidos, restos otras veces de tradiciones locales, nacidas en el suelo pirenaico y derivadas á lejanos pueblos, en ocasiones ignoradas también. Mas no porque nos sean desconocidas sus fuentes, debemos negar en absoluto la posibilidad de la creación poética espontánea en ese suelo en tiempos en que, aislados sus habitantes y sin comunicación con los otros pueblos, la mayor parte de sus producciones estéticas pudieron muy bien perderse sin traspasar las lindes de sus selvas y montañas, como se marchita y muere sobre el terreno mismo en que brota, la hermosa y fragante flor que ninguna mano recoge. Suponed al autor del *poema del Cid* ó á Berceo aislados y sin comercio con la sociedad de su época, y tendréis atrofiados

en su misma cuna, y muertos antes de lograrse para las generaciones futuras, los monumentos literarios más venerandos de la naciente poesía castellana.

De la poesía heroica tradicional de Navarra, nada ha dejado en pie la moderna crítica: Pasaban por genuinos arranques de la musa bélica vascona el famoso *Canto de Altabiscar* (*Altabiskarco Cantua*) (1), y el poco menos famoso *Canto de Lelo* (*Leloren Cantua*); pero ya no hay medio de mantener ni el prestigio del uno ni la remota antigüedad del otro. El *canto de Altabiscar* que refiere la derrota de Carlomagno en los desfiladeros de Roncesvalles, calificado por uno de nuestros más distinguidos literatos de las Reales Academias Española y de la Historia como *monumento de gloria, con sobra de ésta para enriquecer á toda una serie de generaciones literarias* (2), después de su carrera triunfal por todo el orbe culto, ha resultado ser una verdadera superchería. He aquí en sumario la curiosa historia de esta falsificación y de su descubrimiento.—Los jóvenes vascongados que bajo el reinado de Luis Felipe estudiaban en París, y principalmente los alumnos de la Escuela de Derecho y de Medicina de aquella Universidad, solían cantar á coro, por el gusto de formar acordes, una sencilla melodía ajustada á la numeración vasco francesa, subiendo *bat, biga, hirur, laur*, etc., hasta *hogoi* (veinte), y bajando después de *hogoi á bat*, ó sea de veinte á uno. M. Garay de Monglave, conocido literato bayonés, redactor del *Diable Boiteux* y fundador en 1833 del *Institut historique*, del cual fué elegido secretario perpetuo, acostumbraba por los años 1834 á reunirse con aquellos estudiantes, sus paisanos, y en una de sus conversaciones sobre los recuerdos del país vasco, nació en su mente la idea del canto de Alta-

(1) Advertimos en este título ó epígrafe tres formas diferentes: M. Garay de Monglave escribe *Altabicaren cantua*; Manterola, el autor del Cancionero Vasco, *Altabiskarco cantua*; y Mr. d'Abbadie, *Altabiscarraco cantua*.

(2) El Exmo. Sr. D. Víctor Balaguer, en su bello y aplaudido *Discurso de recepción* leído ante la Real Academia Española el día 25 de Febrero de 1883.

biscar. Compúsole en francés, y un joven llamado M. Louis Duhalde d'Espélette, estudiante aprovechado con quien repasaban otros que se disponían á entrar en la Escuela Politécnica de París, tradujo al vascuence la obra de Monglave. Duhalde había descuidado mucho su lengua nativa: recordaba medianamente lo que de ella había aprendido de niño, y su versión había de resentirse de su inexperiencia: así que se limitó á hacer la traducción en sencilla prosa, sin medida y sin rima. Recitábase el canto de Altabiscar, y no se cantaba: el canto no se aplicaba más que á la nomenclatura de la numeración ascendente y descendente, con una melodía que por cierto nada tiene de bélica.—Pero el escritor bayonés tuvo la ocurrencia—no sabré decir si feliz ó desdichada—de publicar el canto que entre él y Duhalde habían confeccionado, en el *Journal de l'Institut historique* (1), acompañado de un largo artículo en que trazaba el cuadro de la importancia del idioma vascuence por su antigüedad, belleza eufónica y estructura gramatical; y en dicho artículo establecía bizarra y resueltamente la siguiente premisa, que no fué en el acto recibida con protestas porque sabido es que la fortuna favorece á los osados. «El recuerdo de los valientes guerreros de Carlomagno vive en la mente de los pastores del Pirineo: todas las baladas que se oyen en el país, repiten sus memorables hazañas, y al viajero le señalan, ya los jardines encantados de Armida, ya los veinte ó más peñascos hendidos por la Durindana de Rolando; y sin embargo nadie en aquellos valles ha leído al falso Turpin ni á Boyardo, y del Ariosto ni siquiera saben el nombre. Entre las poesías caballerescas de los *Escualdunac*, una de las más conocidas es la que lleva el título de *Canto de Altabiscar, Altabicaren Cantua*. Es el relato que de la famosa rota de Roncesvalles hacen los descendientes de los vencedores..... Este canto, al pasar de boca en boca, ha sufrido, como toda producción no escrita, infinitas

(1) Tomo I, año 1.º

alteraciones, que he recogido como variantes en muchas localidades de las dos vertientes del Pirineo.—Uno de los redactores del *Diccionario de la Conversación*, M. G. Ollivier, habla de este canto en un curioso artículo que ha publicado acerca de los cantos populares de las diferentes naciones (tomo XIII, p. 25). Desgraciadamente, no tuvo noticia este escritor más que del fin de los versos 3.º y 7.º, ó sea de los nombres numerales desde uno hasta veinte, y vice-versa. Tratando de averiguar el sentido oculto de tan extraña fórmula, ha creído ver en ella á los *escualdunacs* designando por medio de la simple denominación numérica ascendente los años amargos del destierro, y evocando luégo uno á uno en sucesión decreciente los años de la venganza: canto cabalístico que hoy ya no es más que una música sin significación.» «..... Si M. Ollivier hubiese podido ver la poesía entera, no hubiera caído en tan ingenioso error: restablecidos los ocho versos, todo se explica naturalmente: la serie ascendente representa la marcha de un ejército que avanza; la descendente, la huída de ese ejército vencido.—He visto tiempo há una copia del canto de Altabiçar en casa del conde Garat, antiguo ministro, antiguo senador y miembro del Instituto de Francia, filósofo entre los más célebres de nuestra nación y uno de los hombres que más honran con su talento al país vasco, donde tuvo su cuna. Adquirióla él del famoso la Tour d'Auvergne, llamado el primer granadero de Francia, quien durante las guerras de la República descansaba de sus fatigas componiendo un glosario en cuarenta y cinco idiomas. La Tour d'Auvergne había sido el encargado de la capitulación de San Sebastián del 5 de Agosto de 1794, y obtuvo del abad de uno de los conventos de la ciudad aquel precioso documento, escrito en pergamino á dos columnas, con letra de fines del siglo XII ó principios del XIII, fecha evidentemente muy posterior á la del canto popular que reproduce.—El texto que aquí doy á la luz pública no es exactamente el mismo que ha debido de encontrarse entre los pa-

peles del conde de Garat. Lo he arreglado teniendo á la vista todas las variantes que he podido reunir. Las diferencias entre uno y otro serán meramente gramaticales, sin afectar en lo mínimo al sentido de las palabras y de las frases. Pueda esta nueva exhumación ser del agrado de los lectores del *Diario del Instituto Histórico!*—El puesto de secretario perpetuo que ocupaba M. Monglave en el *Institut Historique* fundado por él, le proporcionó grandes ventajas para acreditar una triquiñuela tan poco plausible. Si hubiese escrito en otro periódico, el director de éste le hubiera pedido pruebas de lo que aseguraba, por ejemplo, alguna de las numerosas variantes que decía haber recogido en las dos vertientes del Pirineo.

Tan pronto como se publicó el famoso *canto* heroico, su autenticidad halló contradictores; pero la aceptaron como de buena ley Fauriel, Romey, Chaho, Cenac-Moncaut, Francisque-Michel, Louis Lande, y en nuestra nación La Fuente, Amador de los Ríos, Araquistain, Manterola, los editores de la *Revista éuskara*, etc.; y aunque el sagacísimo Alexandre Dihinx dió la voz de alerta desde las columnas del *Impartial des Pyrénées* (1), apuntando que «el autor del *Canto de Altabiscar* sabía el francés mejor que el vasco, y escribía en vasco lo que había pensado en francés» y que el uso frecuente de los diminutivos denunciaba «la mano de un autor joven demasiado fiel á las reminiscencias del niño», hasta estos últimos años se ha seguido creyendo en la autenticidad que habían admitido tan autorizados valedores. De nada sirvió tampoco que un sabio vascófilo tan respetable como M. Antoine d'Abbadie, en Marzo de 1859, no pudiendo reprimir el santo odio á la superchería, advirtiese al público en el *Gentleman's Magazine* de Londres de la falsedad del tan encomiado canto: «pena me causa (decía) ver anunciado el *Alta-*

(1) Números del 10 y 12 de Setiembre de 1873: reprodujo estos artículos M. Vinson en el *Avenir de Bayonne* de los días 1, 3 y 6 de Mayo de 1878, y los insertó igualmente en la obra titulada *Mélanges de Linguistique et d'Anthropologie*, Paris, 1880, p. 161.